

La importancia de pensar históricamente Reflexiones sobre *El ojo austral* (2024) de Ariel Hartlich

The Importance of Thinking Historically
Reflections on *El ojo austral* (2024) by Ariel Hartlich

Gustavo Gabriel Vallejo

1208gvallejo@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-4730-2455>

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Argentina



El ojo austral

*De Guamán Poma de Ayala a Perón. Una historia de la
geocultura del sur de Nuestra América centrada en
Malvinas y la Antártida Suramericana*

Ariel Hartlich

2024

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Editorial SB / 339 páginas / ISBN 978-631-6593-59-7



Es inherente a cada generación nueva considerarse más sabia que la anterior, idea que solo el paso del tiempo permite comprobar si tiene asidero o no. Peter Burke (2023) ha señalado que en esa creencia ahistórica anida, curiosamente, la contracara de lo que se pregona, porque renunciar a ver más allá de los conocimientos actuales —que serían prueba de la superioridad alcanzada— entraña asumir una voluntaria ignorancia. De ahí nace una tendencia a rechazar el pasado oponiendo la inserción en el mundo moderno y desarrollado.

Sin embargo, nunca esa tendencia alcanzó los niveles actuales en los que la ignorancia se asume como un valor. Y desde allí se busca expandirla y alcanzar preeminencia en espacios decisorios de la sociedad, de donde devienen cada vez más muestras de ella por parte de quienes creen que la tierra es plana, que las vacunas son perjudiciales, que el cambio climático es un invento de comunistas, que las universidades públicas solo sirven para adoctrinar, que las desigualdades de género no existen, y así podemos seguir con interminables demostraciones de jactanciosa ignorancia.

Pensaba en estas cosas que hacen a una angustiante situación en la que los ignorantes acorralan el conocimiento científico gestado por una paciente acumulación de logros alcanzados a lo largo de siglos. Porque todos sabemos cuánto ha proliferado esta tendencia favorecida por el papel de las redes sociales, los *influencers*, los medios de comunicación y todo aquello que aparece como respuesta inmediata a una pregunta formulada a Google o a la inteligencia artificial, cuyo valor reside en la velocidad, dejando atrás el discernimiento sobre algo tan elemental como es la veracidad.

Pero esta cuestión, que ya es más que un clima de época, sabemos muy bien que tiene algunos graves problemas añadidos en nuestro país. En términos económicos y culturales sufrimos la dependencia a un sistema colonial del cual solo cíclicamente hemos podido limitar su fuerte injerencia. Hace más de un siglo que nos debatimos entre alcanzar un mayor grado de autonomía, hasta que el péndulo de la historia se vuelve hacia quienes sostienen que el bienestar del que carecemos obedece a no ceder por completo nuestra soberanía a potencias internacionales. Esto último habilita la periódica reaparición de un pensamiento mágico que promete la resolución



de todos nuestros problemas a través de la cesión de recursos naturales y bienes patrimoniales a quienes nos proveerán de las inversiones externas que nos faltan. Como alguien lo explicitó en plena pandemia, *podemos entregar las Malvinas* para recibir vacunas producidas en países del mundo libre (Infobae, 2021).

Pero para que exista legitimidad en miradas colonizadoras o descolonizadoras, deben existir los respectivos argumentos que pueden sustentarse en la historia o naturalizando y validando la propagación social de una ignorancia que impide reconocer los efectos en el pasado de las novedades prometidas en el presente. Por eso es que pensar históricamente implica, en nuestro país, realizar una tarea de permanente reconstrucción de lo que el pasado tiene para iluminar en nuestro presente.

Una básica aproximación implicaría reconocer cómo se conformó y cuáles son los derechos soberanos que es menester sostener desde nuestra condición de ciudadanos. Sin embargo, esta forma de integrar nación y soberanía a través del ejercicio de pensar históricamente el presente ha sido menos frecuente de lo que cabe suponer que debería serlo.

Una razón quizás radique en que, cuanto menos desde los prolegómenos del golpe de Estado de 1930, una parte importante de los intelectuales se acostumbró a acoplarse a las modas culturales del hemisferio norte sin las *contaminaciones* de la propia historia en la que estaban inmersos. Al finalizar la década del veinte, José Gabriel advirtió insistentemente sobre los riesgos que se cernían para la Argentina por el acrítico acompañamiento a ideas europeas, que incluían la atracción por el fascismo como una novedad añadida a las conocidas prácticas coloniales (Vallejo, 2021). Fascismo y colonialismo constituirían en adelante rasgos persistentes de un particular tipo de liberalismo que prohió en nuestro país recurrentes formas de debilitar la noción de soberanía.

Tras el golpe militar de 1955, Arturo Jauretche (1957) comenzó a utilizar la noción de *intelligentzia* para aludir a los intelectuales que reproducían una colonización pedagógica, imponiendo su mirada como sentido común por sobre la realidad. Está claro que en las últimas décadas la producción intelectual experimentó una importante expansión abierta a incorporar amplios matices. Sin embargo, esa creciente diversidad no impide reconocer la presencia que siguió teniendo la *intelligentzia*.



¿Cómo no reconocerla dentro del regodeo por socavar los intereses nacionales entre figuras muy influyentes en la opinión pública por la sobreexposición en medios y espacios académicos? Recordemos el apoyo de varias de ellas a la autodeterminación de los *kelpers* implantados en Malvinas por el Reino Unido (Página 12, 2012) y la invocación del derecho a sostener ese enclave colonial porque ese paisaje nada tiene que ver con la Argentina y en cambio sí se parece mucho al sur de Escocia (La Nación, 2021).

Dentro de este panorama emerge *El ojo austral* (2024), de Ariel Hartlich, para reconstruir una historia que anuda los discursos y las acciones que sustentan los derechos soberanos de la Argentina sobre Malvinas e islas del Atlántico Sur. Es una obra llamada a abrirse paso a fuerza de empujar a codazos para hacerse un lugar dentro del campo historiográfico.

Lanzar un mensaje que hace falta es, entonces, el primer gran mérito que tiene Hartlich, con su audacia, tenacidad y rigor. En paralelo a indagar las acciones que afirmaron los derechos soberanos, Hartlich reconstruye las continuidades del colonialismo en el sur de la Argentina, en la proyección antártica y en las Islas Malvinas. Y lo hace, fundamentalmente, exponiendo el sentido ideológico que asumió el mapa en la modernidad.

En efecto, a través de ese eje se inserta en una historia de larga duración enfocada en el surgimiento y la evolución de la cartografía moderna, que se detiene en su función didáctica de afirmación del poder. Geografía, geopolítica y geocultura confluyen en esta investigación que busca explicar cómo los mapas orientaron la colonización europea de la América meridional y cómo, una vez alcanzado ese fin, operaron a modo de una cristalizada cosmovisión que definió valores inmodificables: lo alto y lo bajo, lo superior y lo inferior, pasaron a ser representaciones de un mapa que reflejaba especularmente las valoraciones morales establecidas sobre las sociedades que habitaban los territorios ubicados según esa misma localización.

Es que los mapas fueron, desde un principio, un vehículo ideológico de esa dominación del hemisferio norte, que siempre está situado arriba, en lo alto. Pero ¿por qué naturalizamos que el norte esté arriba y el sur abajo, si la tierra es una esfera? ¿De qué manera los mapas globales reflejaron —y, a la vez, recrearon— las ancestrales oposiciones entre el cielo ubicado en lo alto y el infierno en lo bajo, de donde deviene su relación con el bien y el mal, lo



valioso y lo disvalioso, lo capaz y lo incapaz, el trabajo y la desidia? Sobre estas preguntas, organiza Hartlich una explicación del papel que tuvieron, y siguen teniendo, los mapas en la expansión colonial desplegada sobre la América meridional. Y nos plantea, asimismo, reinterpretaciones permanentes que podemos reconocer al complementar esa oposición geográfica con ideas que tienden a convencernos de que no podremos, en el sur, bastarnos por nosotros mismos y deberemos requerir siempre de quienes nos tutelen desde el norte.

Esa tensión implícita se revela, por caso, en la división internacional del trabajo que derivó en la estandarización del mapa argentino a fines del siglo XIX, con un *nortearribismo* que obligó a abandonar la orientación sur-norte de las primeras piezas. La “América invertida”, del artista uruguayo Joaquín Torres García (1943), sería así continuadora de una tradición cartográfica pensada desde la centralidad del Cono Sur.

De este modo, se nos presenta, benjaminianamente, una historia hecha *cepillando a contrapelo* (Benjamin, 2008). Una historia que conlleva la denuncia de un persistente colonialismo que opera culturalmente para evitar que su injerencia deje de persistir. Y que busca despejar a la historia del velo de la ignorancia que nos ha impedido ver a menudo dónde se encuentra lo realmente importante: el poder que somete y trata de perpetuar ese sometimiento.

Como contrapartida, *El ojo austral* también pone en evidencia que a lo largo de distintos momentos emergieron importantes alternativas. Michel Foucault (1992) decía, donde hay poder hay resistencia. Y eso también explora Hartlich, poniendo de manifiesto las salidas al sometimiento colonial que fueron ensayadas para terminar trazando un camino que sigue instando a ser prolongado.

Así, entonces, nos presenta una historia situada, tendiente a conocer cómo fue cultivada sistemáticamente aquella incapacidad para ver el mundo desde el lugar en el que nos encontramos, pero también cómo se gestaron paralelamente los recursos para sortear aquellos condicionamientos.

En estos tiempos tan aciagos, donde ya no se disimula un maridaje entre fascismo y colonialismo (heredero del que José Gabriel denunció), la ignorancia se asume como desentendimiento de toda preexistencia para facilitar el eterno retorno de los más ruinosos intentos ya esgrimidos por



impedir que sea consumada plenamente la idea de nación. Es entonces que cabe esperar que obras como la de Hartlich ayuden a contrarrestar esa ignorancia, que puede convertirse en el peligro más grave que se cierne sobre nosotros.

Esa tarea conlleva el desafío de sacar la idea de nación de las aporías del mito de Sísifo. La representación griega del castigo que sufre quien debe cargar una roca por la ladera de una montaña hasta llegar a la cima de donde caerá y tendrá que volver a subirla incesantemente, debería dejar de ser un destino inevitable. Si *pensando históricamente* somos capaces de imaginar otro destino, trabajos como el de Hartlich pueden ser una contribución importante para avanzar en su concreción.

REFERENCIAS

- Benjamin, W. (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. UACM, Editorial Itaca.
- Burke, P. (2023). *Ignorancia. Una historia global*. Alianza Editorial.
- Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*. Ediciones de La Piqueta. (Trabajo original publicado en 1977).
- Infobae. (27 de abril de 2021). “A Pfizer le podríamos haber dado las Islas Malvinas”: la polémica frase que Patricia Bullrich tuvo que aclarar. <https://www.infobae.com/politica/2021/04/28/a-pfizer-le-podriamos-haber-dado-las-islas-malvinas-la-polemica-frase-que-patricia-bullrich-tuvo-que-aclarar/>
- Jaureche, A. (1957). *Los profetas del odio y la yapa (La colonización pedagógica)*. Corregidor.
- La Nación. (23 de febrero de 2012). Una visión alternativa sobre la causa de Malvinas. <https://www.lanacion.com.ar/politica/una-vision-alternativa-sobre-la-causa-de-malvinas-nid1450787/>
- La Nación. (4 de agosto de 2021). Beatriz Sarlo: “Las Malvinas son territorio británico”. <https://www.lanacion.com.ar/politica/beatriz-sarlo-las-malvinas-son-territorio-britanico-nid03082021/>
- Torres García, J. (1943). *América invertida [Pluma y tinta sobre papel]*. Museo de Bellas Artes Juan Manuel Blanes.
- Vallejo, J. (2021). *José Gabriel y la crítica de la cultura. Travesías urbanas de una izquierda vagabunda*. Prometeo Libros.